

La formación de antropólogos en el norte de México: Reflexiones a partir de la experiencia de la EAHNM

Margarita Hope
EAHNM



Imagen 4 Conferencia sobre Misiones Culturales en México. Montevideo, Uruguay, septiembre 2009.

La antropología que se hace desde la orilla de una tradición nacional tiene una perspectiva distinta de aquella que se escribe desde el centro, por lo tanto, la antropología que se enseña en la orilla es algo diferente también. Para ilustrar esto, compartiremos aquí un poco de la historia de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México, antes ENAH Chihuahua, que está por cumplir 25 años desde su fundación.

En 1990, un grupo de antropólogos aventureros se adentró en tierras norteadas, se instaló en Chihuahua y fundó la primera escuela de antropología en el septentrión mexicano. Herederos de la escuela de Ángel Palerm, los precursores de la ENAH Chihuahua se dieron a la tarea de diseñar un plan de estudios con un enfoque regional que le imprimió características muy peculiares: por un lado, se trataba de una propuesta académica con una clara orientación hacia la antropología aplicada; por otro, representaba una búsqueda de emancipación de la antropología mesoamericanista en un afán de desarrollar una corpus teórico apropiado para el estudio de las sociedades norteadas; esto último implicaba, entre otras cosas, un fuerte componente de historiografía e historia regional en la tira de materias.

Juan Luis Sariago, fundador y profesor incansable de esta Escuela, lo decía así: “Dos, creo yo, fueron entonces los retos a los que, quienes en ella laborábamos –un puñado de cuatro profesores de tiempo completo–, decidimos darle prioridad. El primero consistió en comenzar a construir un bagaje teórico e interpretativo que nos ayudara a entender las peculiaridades de las sociedades norteadas, a las que los modelos clásicos de

la antropología mexicana, de raíces predominantemente mesoamericanistas, se adaptaban mal. La segunda –y esto surgió desde el momento del estudio diagnóstico como un reclamo de muchos de nuestros entrevistados– fue la necesidad de investigar, enseñar y aplicar formas prácticas del conocimiento antropológico que pudieran servir para explicar y resolver, con propuestas concretas, algunos de los problemas sociales que habíamos detectado” (Sariago Rodríguez, 2013, p. 32).

En su origen, concebida como una octava carrera de la ENAH en Cuicuilco, nuestra escuela ofrecía la licenciatura en Antropología, sin adjetivos. Las primeras generaciones estaban formadas principalmente por estudiantes para quienes la antropología era su segunda carrera o tenían ya varios años de haber concluido el bachillerato. La mayoría de ellos combinaban sus estudios con el trabajo. Tomando esto en consideración, se estableció un horario de clases de 8 a 12 horas, de manera que los alumnos tuvieran tiempo de llegar a sus trabajos vespertinos.

En poco tiempo la escuela llamó la atención de distintas instancias gubernamentales que solicitaban el apoyo y la participación de antropólogos en distintas tareas vinculadas a la planeación e implementación de políticas públicas en el estado de Chihuahua. A pesar de que los primeros antropólogos que impartían clases aquí tenían un interés mayor por los procesos de industrialización fronterizos, la minería, la migración y otro tipo de asuntos no necesariamente relacionados de manera directa con los grupos indígenas serranos, la demanda de asesoría por parte de diferentes instituciones que tenían proyectos y programas de trabajo en la Tarahumara, o con población indígena, hizo obligatorio que se centrara de manera importante la atención en esta región.

Uno de los efectos que esto tuvo en el proceso formativo de los alumnos fue, por un lado, una rápida inserción laboral (no en las mejores condiciones contractuales) que a veces dio como resultado una carrera inconclusa y, en términos escolares, bajos índices de titulación. Por otro lado, para aquellos que sí terminaron sus estudios y realizaron tesis de licenciatura, la situación antes descrita llevó al predominio de temas de investigación con una marcada preocupación en los procesos de vinculación cultural, económica, política y social de los indígenas con la sociedad nacional.

A diferencia de los estudios que se hacían desde el centro del país sobre los grupos indígenas que habitan en la Tarahu-



mara o de los trabajos de antropólogos extranjeros, las investigaciones que se desarrollaban en la ENAH Chihuahua tenían una clara vocación político-práctica (o aplicada). Al final de cuentas, la Sierra Tarahumara vista de cerca resulta menos idílica y más problemática de lo que la perciben aquellos que desde la distancia geográfica, política y social, encuentran en ella un lugar fascinante pues representa una combinación perfecta de bellos paisajes y exotismo cultural.

Tras la celebración de su décimo aniversario, la escuela había logrado un grado de consolidación que le permitió plantear la apertura de un posgrado en Antropología Social encabezado por Juan Luis Sariago con el apoyo y la colaboración del CIESAS. Este posgrado formó a la primera generación de alumnos egresados de la Escuela que se incorporaban como profesores de tiempo completo de la licenciatura. El alumnado también había cambiado, se trataba ya, en la mayoría de los casos, de estudiantes recién egresados del bachillerato; seguían sin ser estudiantes de tiempo completo porque muchos de ellos tenían que trabajar para sostener sus estudios, pero el perfil de ingreso y egreso se había modificado.

A la par de este proceso, entre 2004 y 2005, la ENAH Chihuahua recibió a un grupo de nuevos profesores provenientes de la ENAH México y participantes todos en el proyecto de Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio, de la Coordinación Nacional de Antropología. Claudia Harriss, especialista en Guarijíos, Eduardo Saucedo, con un proyecto de investigación sobre Tepehuanes, Gerardo Conde, también estudioso de los Guarojíos pero en el contexto urbano de Hermosillo, Andrés Oseguera y yo, Margarita Hope, interesados en la cultura pima.

Como una de nuestras tareas, llevamos alumnos de la escuela a realizar sus trabajos de campo dirigido y tutorado a las regiones habitadas por estos grupos. Algunos habían hecho ya recorridos por las regiones pima y guarijío con el Mtro. Eugenio Porras, otros también se vincularon al trabajo del Mtro. Horacio Almanza del Centro INAH en región pima.

Con la diversificación de las opciones que tenían los alumnos de la ENAH Chihuahua, surgieron también diferentes enfoques y temas en las investigaciones. En los últimos años se han presentado dos tesis sobre pimas, una sobre guarijíos y muchas otras sobre grupos culturales en las ciudades e incluso dos tesis sobre la ciber cultura. A la par de estas nuevas temáticas, se mantuvieron aquellas relacionadas con la antropología económica, la minería, la migración indígena y la educación.

Tras celebrar el 15 aniversario de nuestra escuela, la creciente diversidad al interior del plantel de profesores llevó a la discusión de los perfiles de ingreso y egreso de los estudiantes y a la revisión del plan de estudios elaborado en 1990.

Se establecieron varias mesas de trabajo en las que se discutía qué tipo de antropología se debía enseñar en la ENAH Chihuahua, qué perfil deberían de tener nuestros egresados y

cuáles eran sus opciones de inserción laboral. Los debates eran arduos y acalorados, a veces se llegaba a muy pocos acuerdos.

Uno de ellos era la clara necesidad de modificar el plan de estudios, las alternativas eran varias y los puntos de encuentro entre ellas eran pocos. Por un lado había quienes proponían un plan de estudios con una formación básica común durante los primeros tres años y luego un año de especialización en gestión, docencia o investigación. Esta propuesta obedecía a la necesidad de prever que no todos los antropólogos (aunque la tradición así lo dijera) se iban a dedicar a la investigación y en realidad era la minoría quienes tendrían esa opción; mientras que los casos empíricos mostraban que la mayoría de nuestros egresados se dedicaban a la gestión o a la docencia.

Otros proponíamos un plan de estudios con una formación antropológica "universal" y líneas de investigación específicas para el norte. Con la idea de que un antropólogo bien formado como investigador podría desempeñar sin problemas un trabajo de gestión o dedicarse a la docencia; en cambio un antropólogo que se hubiera formado exclusivamente como docente o gestor difícilmente podría hacer investigación en caso de que se presentara la oportunidad. En fin, que al norte le hacía falta investigación antropológica que no sólo partiera de la máxima de que estábamos en un contexto muy distinto al mesoamericano, sino que diera cuenta de las particularidades de esta vasta región y la definiera o delimitara en sus propios términos. Una tarea que todavía está pendiente.

Uno de los pocos acuerdos a los que se llegó después de esas entusiasmas y, por momentos, álgidas discusiones, fue la necesidad de consolidar a la ENAH Chihuahua como un referente para la investigación en el norte de México, pero, al mismo tiempo, como una institución formadora de antropólogos preparados para trabajar en cualquier contexto. Bonito en el papel, difícil en la práctica. No necesito aclarar que todavía nos falta mucho camino por recorrer para lograrlo.

Ese camino lo empezamos a andar en el momento que se planteó la necesidad de abrir nuevas carreras en la escuela. Esto requería, en primer lugar, del reconocimiento de la ENAH Chihuahua como una tercera escuela del INAH y no sólo como la octava carrera de la ENAH; en segundo lugar, era necesario definir cuáles serían las nuevas disciplinas ofrecerían y cuál sería el nuevo plan de estudios para la carrera de antropología que, para este momento, ya se asumía que debía de llevar el apellido de "social".

La opción lógica para la apertura de una nueva disciplina era Historia, sin embargo, en un primer momento se planteó como programa de posgrado debido a que la UACH acababa de abrir una licenciatura de Historia y se pensó que eso satisfaría la demanda de esta disciplina. Poco después, la UACJ abrió el programa de maestría en Historia y se decidió dejar ese proyecto en espera para nuestra escuela. Esto abrió de nuevo el debate sobre qué carreras se deberían de ofrecer.



Tras la celebración del 20 aniversario de la ENAH Chihuahua se inició el proceso de cambio de estatus jurídico que le diera a la escuela la posibilidad de abrir nuevas carreras y emitir sus propios títulos de grado y posgrado. La colaboración con académicos de la ENAH se transformó en una mesa de trabajo de diseño curricular que propuso un plan de estudios con tronco común y 4 licenciaturas de nueva creación: Arqueología, Antropología Física, Lingüística Antropológica y Antropología Social (técnicamente Antropología social es de nueva creación aunque es la continuidad de la licenciatura en Antropología de la ENAH Chihuahua).

En el 2012, la ENAH Chihuahua se transformó en la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México y con esto abrió un nuevo capítulo para la antropología nortea. A la ampliación de la oferta de ciencias antropológicas se suma la creación de una unidad de la Escuela en Creel, que representa un reto enorme y, por supuesto, una nueva discusión sobre la forma en que se concibe la formación de antropólogos en el norte, desde el norte y para el norte del país. Los debates están más vivos que nunca y los acuerdos a veces no son suficientes para definir qué sigue ahora para la EAHNM y qué antropólogos queremos formar.

Son muchas las cosas que se han logrado en la escuela y por supuesto también ha habido algunos momentos críticos en los que incluso se dudó de la continuidad del proyecto, sin embargo, como diría Juan Luis con motivo del 20 aniversario de la Escuela: “es bueno recordar que, a pesar de que por mucho tiempo tuvimos que enfrentar serios problemas de operación por falta de apoyos y recursos, derivada del centralismo que suelen padecer las grandes instituciones como el INAH y hasta del olvido, a pesar de todo eso, en 20 años las tareas de nuestra Escuela nunca se han interrumpido, se han hecho trabajos de campo e investigaciones en temáticas cada vez más diversificadas y nuestros alumnos, cada vez más numerosos, son hoy reconocidos en muchos lugares del Norte de México” (Sariego Rodríguez, 2013, p. 34).

Nuestra disciplina se ha ido consolidando, ahora estamos organizados como departamento de Antropología Social, la maestría se encuentra en el PNPC y se empieza a considerar la posibilidad de abrir un doctorado. Con el nuevo plan de estudios y un tronco común, nuestros alumnos ganan una formación holística. Sin embargo, se corre el riesgo de dejar atrás esos rasgos particulares de la formación antropológica en el norte por los que tanto se trabajó.

Por otro lado, las condiciones que se viven hoy aquí en Chihuahua son hartamente distintas de aquellas en las que se fundó la Escuela; las circunstancias políticas y sociales actuales son de enorme complejidad y algunos rasgos que solían caracterizar a la sociedad nortea, particularmente chihuahuense, como su actitud comprometida con las causas que considera justas, se han ido desdibujando a luz de una preocupación mayor, la violencia.



Imagen 5. Juan Luis en Normandía.

El camino que se ha recorrido es mucho y hemos llegado a un punto en el que tenemos que decidir por dónde seguir. Narro esta breve historia en un momento crucial para la antropología social en esta Escuela, una encrucijada. Este verano graduó la última generación del plan 1990, oficialmente dejamos atrás aquel proyecto original que tanto logró gracias al tesón, el cariño y el ingenio de nuestro querido Juan Luis Sariego, a quien hoy echamos profundamente de menos.

Su legado es enorme. En primer lugar, Juan Luis nos deja esta escuela, sin él no estaríamos aquí. Nos deja también su obra (de largo aliento); pero además y sobre todo, nos deja su maravilloso ejemplo: el del maestro incansable y paternal, íntegro y de enorme calidez humana. Juan Luis formó a más de 20 generaciones de antropólogos aquí en Chihuahua y casi 30 en México. Todos sus alumnos lo recuerdan con cariño, admiración y agradecimiento.

Su partida, tengo que confesar, nos sitúa un poco en la incertidumbre de por dónde seguir. Espero que quienes nos quedamos aquí en su escuela podamos ser dignos herederos y logremos continuar la labor que él inició hace ya 25 años: la consolidación de una antropología descentralizada, una epistemología del norte (retomando la idea de Boaventura de Sousa para las epistemologías del sur) una escuela de antropología emancipada en la que se formen antropólogos críticos y comprometidos.

Referencias bibliográficas

- Sariego Rodríguez, J. L. (2013). ¿Qué futuro para la antropología en el norte de México? In M. Iturbide (Ed.), *La investigación antropológica y la formación profesional en el norte de México* (pp. 27-40). Chihuahua: Escuela de Antropología e Historia del Norte de México/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia.

